

JACK GOODY

*EL HOMBRE,
LA ESCRITURA
Y LA MUERTE*

Conversación
con Pierre-Emmanuel Dauzat

TRADUCCIÓN DE MINGUS B. FORMENTOR

Ediciones Península

Barcelona

La edición original de esta obra fue publicada en 1996
por Les Belles Lettres,
con el título *L'Homme, l'Écriture et la Mort*.

© 1996, Les Belles Lettres.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Unión Europea.

Diseño de la cubierta: Llorenç Marquès.
Fotografía de la cubierta: © Xavier Riba.

Primera edición: enero de 1998.
© de la traducción: Domènec Bergadà Formento, 1998.
© de esta edición: Ediciones Península s.a.,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
E-MAIL: edicions_62 @ bcn.servicom.es
INTERNET: <http://www.partal.com/Ed62>

Impreso en Romanyà/Valls s.a., Plaça Verdaguer 1, Capellades.
Depósito legal: B. 48.382-1997.
ISBN: 84-8307-080-4.

cultura Libre

CONTENIDO

Prólogo, por Pierre-Emmanuel Dauzat	7
I. Una juventud inglesa	13
II. La guerra ha terminado: una vocación de antropólogo	40
III. De la historia a la antropología: una mirada sobre las antropologías británica y francesa	54
IV. África	76
V. Cómo se escribe la antropología	92
VI. La familia, los vivos y los muertos	104
VII. La invención del <i>bagre</i>	120
VIII. La escritura y sus consecuencias	141
Apostilla: Paseos antropológicos	163
Bibliografía	173

Pero volvamos a la procreación. Dios crea un niño, podría decirse que simbólicamente, a partir de un montón de barro donde hay un receptáculo en forma de vagina en el que introduce un líquido—savia de quingombó—, y de la mezcla nace algo. Es una creación mágica, sobrenatural, que no deja de recordarnos la de Adán. El hombre y la mujer crían a este niño, lo inician en diversos aspectos de la cultura y más tarde desean tener otro. Sueñan en volver a ver a Dios, pero la mujer quiere a toda costa irse a la sabana, donde sorprende a unas serpientes en plena actividad. Cuando encuentra al hombre le dice que hay otra manera de proceder. Y, de repente, procrean solos, por su cuenta. Tienen pues una doble fuente de conocimiento, sobrenatural y natural.

En un plano cultural creo que nadie tiene la menor duda sobre la sexualidad. Pero el mito explica también cómo *empezaron* las cosas, un problema más intelectual. En cierto modo, reencontramos la historia de Adán y Eva. Creo que los animales dotados de lenguaje siempre tienen necesidad de remontarse al origen de las cosas, y a falta de una teoría biológica precisa de la evolución, el mito les ofrece una respuesta general. En cuanto al crédito que las gentes adjudican a este relato, es difícil aquilatarlo. ¿En qué medida la gente cree realmente en él? ¿En qué medida es un medio de despejar la eterna cuestión del principio de las cosas o de saciar una curiosidad? Volvemos a toparnos con un problema ya evocado a propósito de las leyendas sobre el origen de la muerte en África occidental.

VIII

LA ESCRITURA Y SUS CONSECUENCIAS

PIERRE-EMMANUEL DAUZAT.—*¿Se acuerda usted de las páginas de Tristes trópicos donde Lévi-Strauss, al recordar la parodia de lectura representada por el jefe de los nambikwara, pretende que la lectura es antes que nada un medio de embaucar al otro?*

JACK GOODY.—Su comentario me inspira una profunda simpatía. Creo en efecto que quienes poseen la escritura la han usado con fines de dominación y de conquista, exigiendo actas escritas de la propiedad de la tierra, haciendo prevalecer la idea de que lo escrito es la prueba más sólida ante la justicia. Es innegable que han oprimido a los iletrados de muy diversos modos. Al mismo tiempo, la escritura es la base de nuestra civilización, la base misma del libro que estamos haciendo en este momento. Ver en ella sólo un aspecto secundario de la revolución de las comunicaciones es subestimar su papel absolutamente decisivo en la creación de nuestra civilización.

—*¿Cómo se convirtió el problema de la escritura y sus efectos en uno de sus principales polos de investigación?*

—A lo largo de estas conversaciones ya le señalé que a pesar de ser preeminentemente un antropólogo de campo y de haber viajado casi cada año a África durante largo tiempo, no he intentado jamás convertirme en un «africanista». Recién acabada la guerra me topé con uno de mis grandes amigos, Ian Watt, un hombre apasionado por la novela del siglo XVIII, el papel de la imprenta, de la escritura y de la evolución de las culturas orales. Watt ha escrito un libro apasionante sobre el desarrollo de la novela, así como una biografía de Conrad. Y como también ya le he señalado, yo mismo había hecho estudios de literatura en Cambridge y me había interesado en especial por la novela del siglo XVIII. Ambos habíamos sido prisioneros de guerra, yo en Oriente

Medio y luego en Italia y Alemania, él en el sudeste de Asia. Ambos habíamos vivido un largo período de cautividad en el que los libros eran raros o inexistentes. Eso no sólo nos impresionó, sino que nos marcó de un modo enorme, pues por vez primera en nuestra vida no disponíamos de libros. Yo hablo de mi primer período de cautividad, no del segundo, pero Ian tuvo esa carencia del principio hasta el fin. Crecidos en una cultura urbana, habíamos dispuesto siempre de libros en cantidad y tanto en la escuela como en la universidad todo estaba organizado en torno a la lectura. De repente, nos encontramos privados por completo de libros.

La ausencia de libros despertó nuestro interés por las consecuencias de la escritura y de la imprenta, sobre todo por la influencia de las formas de comunicación en las sociedades humanas, el papel de la memoria y, de un modo más particular, la estructura de las comunicaciones en las sociedades sin escritura, tributarias del discurso oral. La flexibilidad de la transmisión oral es algo que ciertamente me sorprendió en mis años de internamiento en los campos. Cuando se intentaba recordar cosas que se habían sabido, que se creía haber memorizado, no se paraba de introducir variaciones, sin saber, por descontado, que lo eran. Era necesario poner los ojos en un texto escrito o encontrar un contradictor para darse cuenta de que no exponíamos la versión ortodoxa. Me es difícil aquilatar en qué medida esta experiencia estaba incrustada en mi espíritu cuando me ocupé del *bagre*. Pero sin duda alguna influyó a la hora de establecer comparaciones entre las producciones orales y las producciones escritas. El deseo de compartir nuestras experiencias en este terreno es el que nos llevó a escribir mancomunadamente un primer artículo, «Las consecuencias de la alfabetización» (1963).

—¿Puede usted hacer un breve resumen de sus actividades en esta época?

—Ian Watt y yo nos conocimos en Cambridge. Vivíamos en el mismo colegio y desde esta época nuestra atención se sintió vivamente atraída por un ensayo de Q.D. Lewis, *Fiction and the reading public* (1932), que se proponía analizar cómo la novela encuentra un público en el XVIII y, más generalmente, los vínculos que puedan existir entre la naturaleza del público y el carácter de las obras. Bajo la sugerencia de Watt, decidimos partir de la experiencia griega, y en especial de Platón, que ejerce a modo de bi-

sagra en el paso de la oralidad a la escritura. Abordábamos, pues, el problema de conjunto en un marco histórico ampliado. Y se debe en buena parte a mi empuje el que nos sumergiéramos en los cambios que se producen en las sociedades orales al aparecer la escritura: las nociones de historia, por ejemplo, y, evidentemente, la manera de escribirla, pero también los conceptos de pasado y de lugar, de tiempo y espacio. Este problema ya lo tenía en mente cuando partí para llevar a cabo mi primera investigación de campo, pero no quedó explicitado hasta mucho después, cuando escribimos el artículo, en 1959. En ese momento yo trabajaba en un instituto de investigaciones de Palo Alto, mientras que Ian enseñaba literatura inglesa en Berkeley.

Posteriormente mi amigo tomó otra dirección en sus investigaciones, mientras que yo he seguido en la misma vía. Al estudiar las comunidades africanas he centrado mi interés en el paso de la cultura oral a la cultura escrita y a todo lo que tal transición implica en términos de cambio de las formas de conocimiento.

—¿En qué se fundamenta su idea de la «domesticación del pensamiento salvaje»?

—En realidad siempre me sentí interesado por el trabajo de Lévy-Bruhl y las investigaciones antropológicas sobre lo que se denomina «mentalidades primitivas». Y cuando me trasladé a África tuve la oportunidad de observar dentro de una misma generación y en una misma región tanto a campesinos como a profesores de universidad, todos ellos salidos de la misma capa social. Me pareció útil tratar de definir el mecanismo de esta evolución, de modo que comencé a reelaborar por mi cuenta una dicotomía evocada de diversos modos por antropólogos como Lévi-Strauss o Lévy-Bruhl. Pero pronto decidí que este último tomaba un camino erróneo con su idea de las mentalidades lógicas y prelógicas así como con su teoría de la ausencia de contradicciones en las sociedades primitivas.

En *La razón gráfica* intenté poner en evidencia su lógica propia, estudiar qué medios permitían a tales sociedades descubrir las contradicciones. Me interesé no en la racionalidad *per se*, sino en qué modo la escritura permitía cierta racionalización. En *La lógica de la escritura* quise mostrar la influencia de la escritura en diversos ámbitos—religión, economía, política, derecho—, particularmente en la Europa medieval. Por último, en mis ensayos reunidos bajo el título *Entre la oralidad y la escritura* me interesé

de modo más específico por la transformación sufrida por los géneros orales bajo la influencia de la escritura.

—¿Así, pues, no sabríamos imaginar un sistema de escritura sin vínculo alguno con una lengua hablada?

—En mi opinión no, ya que a diferencia de Jacques Derrida y otros, yo me adhiero a una definición de la escritura que insiste en la relación entre los signos gráficos y la palabra. Pero no se trata en modo alguno de una simple transcripción: es una relación muy compleja, que actúa en ambos sentidos. Siempre hay una diglosia, siempre hay una separación entre el lenguaje hablado y la lengua escrita. Se han influido mutuamente de muy diversos modos, pero jamás son idénticas. Por ejemplo, alguien que hable una lengua regional tendrá muchos más problemas que otro al aprender la lengua escrita, ya que la distancia entre ésta y su lengua materna es mucho mayor. Esta separación puede llegar a ser muy grande. Se pretende, por ejemplo, que el chino escrito jamás se ha correspondido con ninguna lengua hablada, que es una lengua construida. En cierto sentido, toda escritura es un sistema construido de este tipo, sólo que en China este fenómeno está bastante más marcado que en ninguna otra parte, pero siempre y necesariamente hay un vínculo entre esos signos y el habla.

—¿Su trabajo en este terreno se ha alimentado también de investigaciones de campo?

—Mis investigaciones sobre los efectos de los primeros sistemas de escritura, y notablemente sobre el papel de las listas y las tablas como forma de organización no discursiva de la información me llevaron en efecto a una provechosa colaboración con psicólogos especializados en los llamados estudios «de alfabetización», como Michael Cole y David Olson. Fue en 1977 cuando Cole me invitó a colaborar en sus investigaciones sobre los usos y las implicaciones cognoscitivas de la escritura vai en Liberia, un caso singular en verdad, pues el aprendizaje se realizaba al margen de todo sistema escolar.

La comunidad vai había inventado su propio sistema de escritura en la misma época en que los indios cherokee creaban el suyo en Estados Unidos. En ambos casos se había debido a un estímulo externo. Entre los vai, el silabario se creó alrededor de 1819 por un tal Bukele, quien sin duda conocía los sistemas de escritura en uso entre los árabes. No sólo los conocía él, sino que algunos vai empleaban la escritura árabe con fines religiosos. Tam-

bién sabían que en la costa los europeos empleaban la escritura con fines religiosos así como económicos en sus intercambios con la población autóctona. Las ventajas de la escritura les eran, pues, evidentes. Una situación similar es la que encontramos en Nueva Guinea con los *cargo cults*, los «cultos del carguero». La población esperaba recibir los bienes creados por el hombre blanco. Si encontraban el medio de entrar en comunicación con los dioses o las fuerzas sobrenaturales, también ellos podrían aprovecharse de este maná. Y sin la menor duda la escritura era uno de esos medios de comunicación. Así fue cómo se expandió el mito del hombre blanco que ofrecía la Biblia, pero una en la que había arrancado las páginas en las que se desvelaba el secreto. Observando las radios de los europeos, se decidieron asimismo a levantar postes con hilos para intentar captar por su cuenta los mensajes que recibía el hombre blanco.

Eso es lo que pasó entre los vai, aunque con un nivel de complejidad más elevado. Los europeos escribían en inglés, los musulmanes en árabe, de modo que Bukele decidió que debía escribir su propia lengua inventando sus propios signos. No lo hizo como en Mesopotamia, un signo para cada palabra en un estilo logográfico, ni tampoco de acuerdo con el modelo alfabético, una manera muy abstracta de representar los sonidos ya que las palabras se descomponen en fonemas. Se comprende así que el alfabeto sólo se haya inventado una vez, mientras que los logogramas presentan diferentes raíces en Mesopotamia, en Egipto, en la India (en la civilización de la cuenca del Indo, o Harappâ) o en China. Bukele escogió una vía intermedia, la escritura silábica, en la que a cada sílaba del lenguaje hablado le corresponde un signo. Es una escritura relativamente económica en comparación con la escritura logográfica y menos abstracta que una escritura alfabética. Aunque sin duda tenía algunas raíces árabes, era una escritura muy singular, inventada *ex novo*, con ciertos logogramas puros, es decir, fundamentados en la identificación visual (una caja con ocho puntos representa una caja de botellas de ginebra). Por lo demás, se trataba de una escritura silábica, es decir, fonética. Por ejemplo, había un signo para /BA/, otro para /BE/ o /TE/... un signo específico para cada grupo de sonidos recurrente que apareciese con frecuencia.

Bukele construyó un lenguaje de unos 350 signos y, a solicitud del jefe, hizo una demostración entre la comunidad. Todo el

mundo se reunió formando un gran círculo. Se colocó frente a su hija y le dirigió un mensaje escrito sobre un trozo de papel sin decir ni pío. De ahí la expresión de «hojas parlantes» que emplean los africanos para referirse a las lenguas europeas escritas, porque se escribían sobre pedazos de papel muy similares a hojas de árbol y se hacían circular entre las gentes. Parece que la demostración fue concluyente, y parece también que se crearon de inmediato pequeñas escuelas para enseñar la nueva escritura.

Un fenómeno análogo se produjo más o menos en la misma época entre los cherokee americanos, donde un tal Secoya, tras unos doce años de tanteos, acabó inventando un silabario del mismo tipo. En ambos casos esos hombres actuaron por propia iniciativa y se acabó acusándoles de brujería... En ambos casos se produjo una demostración pública y la comunidad terminó por aceptar su sistema. Entre los cherokee esa invención tuvo una enorme repercusión, ya que los misioneros la aprendieron y acabarían imprimiendo libros en cherokee. Se dice asimismo que durante el siglo XIX el grado de alfabetización en dicha tribu era superior al de los blancos asentados en la zona. En Liberia esta escritura ha persistido hasta nuestros días y, si bien no hay libros impresos en vai, tal silabario sigue siendo de uso corriente a nivel local.

—*Pero ¿por qué inventar una escritura? ¿Por razones de orden económico?*

—Crear que la escritura sólo se desarrolla por razones económicas es un profundo error. Por cuanto se sabe, en China, el nacimiento de la escritura estuvo estrechamente ligado a la adivinación y a las prácticas rituales. Por contra, en Mesopotamia la contabilidad jugó un papel esencial en los primeros pasos de la escritura. De hecho, D. Schmandt-Besserat ha remontado la evolución de los primeros signos a las monedas usadas en los mercados. No creo que sea ése el único elemento, pero ciertamente tiene su importancia. Es por lo demás innegable que el uso de la escritura con fines «literarios» no apareció hasta mucho después en Mesopotamia, y la mayor parte de los textos de que disponemos son administrativos, escolares o económicos. *La Epopeya de Gilgamesh* es con toda certeza un texto escrito y sin duda cambió de forma por influencia de la escritura, pero los textos literarios no dejan de ser relativamente raros.

—*¿Y entre los vai?*

—Al estudiar a los vai teníamos un objetivo muy preciso. He aquí un grupo que había inventado un tipo de escritura por sus propios medios, mientras que en el resto de África la introducción de un sistema de escritura venía siempre acompañado de todo un conjunto de textos religiosos o de textos que encerraban un saber construido en sociedades exteriores. Por mi parte, yo estaba interesado en saber qué sucedía en los estadios iniciales de la escritura y en tratar de percibir los cambios cognoscitivos que tanto yo como Watt habíamos sugerido. Mike Cole y Sylvia Scribner intentaron someter a tests psicológicos a la gente que sabía leer—vai, árabe o inglés—con objeto de encontrar un denominador común que fuese característico del «comportamiento alfabetizado». En mi opinión, su objetivo estaba condenado al fracaso porque se trataba de tres escrituras diferentes que se interferían mutuamente. El árabe, por ejemplo, era una «alfabetización restringida» y esencialmente confinada a contextos religiosos. Más aún, era una lengua que ellos no conocían, una lengua extranjera, como cuando nosotros aprendemos latín sin comprenderlo. De hecho, el Corán se enseñaba intentando que se «interiorizaran» las suras, no que pudieran crearse o leerse otro tipo de textos.

En África occidental tuve la oportunidad, junto a otras personas, de enseñar a leer a los lodagaa. Cuando se trata con gente motivada no es demasiado difícil enseñarle a leer su lengua inventando una escritura e imaginando diversas técnicas mnemónicas que asocien escritura y sonidos. Eso es, pues, lo que hicimos con los lodagaa. Pero de repente tomaban un diario en inglés y creían poder leerlo, algo que ciertamente no podían a no ser que aprendiesen el inglés. En cierto sentido esta experiencia es comparable con la de los vai y su relación con la escritura islámica. El test de Cole puso de manifiesto que los que «leían» árabe estaban mejor preparados que los otros para las pruebas de memoria. ¿Por qué? Porque para ellos la lectura del Corán no era más que una memorización. Con el inglés las cosas eran un tanto distintas. Se trataba de una lengua extranjera, pero a diferencia del árabe, era una lengua que se aprendía para hablarla o leerla y que se estudiaba en la escuela. Sin tomar en cuenta que el inglés estaba asociado al saber bajo todas sus formas y que era la lengua del gobierno liberiano. En cuanto al vai, no era una lengua oficial ni una lengua con vocación religiosa. Era ante todo una lengua de

comunicación interpersonal, de correspondencia. Había instructores encargados de transcribir los cuentos populares, pero eso no tenía demasiada importancia, ya que no suele haber el menor interés en leer la Caperucita roja cuando la has oído contar en tu infancia.

En contrapartida se descubrió otro uso del vai. Como estaban un tanto decepcionados por los resultados de sus tests psicológicos, les propuse a Cole y a Scribner otro enfoque posible. Les dije lo que pensaba de los tests de cognición, de comprensión del mundo, que no tomaban en cuenta la menor cultura libresca. En cierto sentido, sus tests consistían en retirar los papeles que la gente tenía ante sus ojos y pedirles luego que explicaran lo que pasaba por su cabeza de algo que habían sabido descifrar. Por mi parte, yo creía que la cognición era asunto de la interrelación entre el espíritu y estos textos, de *interacción*. El ejemplo de un mapa ilustra a la perfección las ventajas de la escritura. Un mapa me permite ir de Bagnac a Figeac sin preguntar por el camino a quienes encuentre en él. Retíreseme el mapa y mi conocimiento de la escritura perderá toda su utilidad. Así pues, más que organizar tests psicológicos era preferible, en mi opinión, buscar situaciones etnográficas que permitiesen juzgar las ventajas cognoscitivas concretas de la alfabetización.

Cuando Cole me preguntó en Europa qué tipo de actividades pretendía utilizar pensé de inmediato en la creación de listas, ya que así habían pasado las cosas en Mesopotamia. Le hice observar que ciertos tipos de listas—por ejemplo de árboles o de hortalizas—planteaban interesantes problemas de cognición. Una vez creada la lista cabe agrupar todos los nombres que designen una verdura dada, es decir, descontextualizarlos, y establecer al hacerlo una jerarquía con un principio y un final. La única cuestión que se me plantea es si colocaré este vegetal en esa lista o en tal otra. De hecho, es una elección binaria. En mi lista de hortalizas comencé por las coles, luego pasé a las berenjenas y a los tomates. Me obligaba, por tanto, a preguntarme si se trataba de un fruto o de una verdura. La propia lista me plantea un interrogante descontextualizado, mientras que en la sociedad oral poco me importa que el tomate sea un fruto en tal contexto y una verdura en tal otro. De modo que con el recurso a la lista se quedaba obligado a plantearse sobre el tomate interrogantes «científicos» que no se suscitaban de ningún otro modo.

Por ejemplo, entre los primeros egipcios se encuentran extraordinarias listas que se esfuerzan en censar todos los elementos del universo. Se trata en parte de una cuestión de saber enciclopédico, en parte de una cuestión de dominio de tal tipo de saber. En su *Onomasticón* el escriba Amenopes se embarca en una empresa de este género. Comienza por cuanto se encuentra en los cielos, los dioses, y va descendiendo progresivamente hasta llegar a la tierra. El paso de una a otra categoría está marcado gráficamente y casi se le ve observando el rocío e intentando decidir si pertenece al cielo, como la lluvia, o a la tierra, como los manantiales. Este modo de establecer las listas me pareció importante no sólo a efectos administrativos, sino cognoscitivos e intelectuales. Anuncié pues a M. Cole que íbamos a toparnos con listas de este tipo. Fuimos a un poblado donde vivía un tal Sonie, que había «escrito» cantidad de «libros». Secretario de una asociación musulmana, no escribía en árabe, sino en vai, y poseía la lista de los socios, de sus cotizaciones y de los gastos efectuados en nombre de la asociación. Dicha sociedad se reunía para festejar el nacimiento del profeta y cada uno de sus miembros estaba obligado a asistir a las exequias de los demás miembros del *bagre*. Tenía sus estatutos y sus reglas. Cuando un miembro había satisfecho su cuota anual podía contar con la presencia de todos los consocios a sus exequias. Cuando rastreamos los archivos de dicha sociedad encontramos poca cosa más que listas. En todos esos escritos no había prácticamente ninguna frase, ninguna construcción sujeto-verbo-predicado de las que conforman el discurso oral. No se trataba pues de un discurso transcrito, sino de palabras transcritas. *A priori*, yo postulaba que eso era bastante raro, si bien no imposible, en las culturas orales y estas listas de cosas, como las listas de barcos en Homero, me llevaban a pensar que se trataba de un producto de cultura escrita más que de uno de cultura oral.

Así pues, la primera lista que encontramos fue una lista de nombres. Primero los nombres, luego diversas columnas en las que Sonie indicaba con una cruz si los asociados habían pagado su cuota anual. Era una contabilidad precisa, análoga a la «contabilidad del más allá», sólo que aplicada a una organización social humana. Cuando se es miembro del *bagre*, cuando uno ha sido iniciado, se es para siempre. No sé de casos de miembros que hayan sido expulsados, si bien puede concebirse. La lista indica, sin

embargo, quiénes se portan bien, quiénes tendrán derecho a funerales particulares. En pocas palabras, la contabilidad específica ha cambiado la naturaleza de la adhesión y de las relaciones sociales. Sonie también podía decir qué pasaba con cada uno de los miembros y toda la comunidad le admiraba a causa de su conocimiento y maestría, así como también por su honestidad. Tenía un libro que podía abrir mientras explicaba: «He aquí lo que dice el libro».

Pero el otro aspecto decisivo de esta lista era el modo en que la escritura permitía reorganizar la información. Si inscribo los nombres a medida que los miembros van pagando sus cuotas, mi lista obedecerá a un orden cronológico y perderá toda su utilidad para el año siguiente. Me costará mucho encontrar el nombre de cada uno en una lista de casi cuatrocientos miembros. Por contra, si agrupo todos los nombres que comienzan con la misma sílaba o la misma letra, tengo un más rápido acceso a la información buscada. Sonie había procedido del siguiente modo: tenía una lista de cotizantes y una lista en la que reorganizaba la información de un modo distinto. En mi opinión este formidable útil de conocimiento suponía un dominio de la escritura y la lectura con respecto al pedazo de papel, pero no dejaba necesariamente una *huella cognoscitiva* susceptible de aparecer en cuanto se aplicaran tests psicológicos de tipo oral. Aparte de la contabilidad, encontramos otros usos para las listas. Por ejemplo, había reagrupado en una misma categoría todos los artículos necesarios para fabricar los sombreros que lucían los socios en las ceremonias, hilo, agujas, botones y telas. Sonie también había redactado unos estatutos de la asociación y, según las circunstancias, los había recopilado de maneras diferentes para darles un sentido más lógico: de un lado los que afectaban a las mujeres, de otro los que se aplicaban a los hombres.

Creo haber convencido a mis dos acólitos de que se trataba de un cambio de proceso cognoscitivo ligado a la alfabetización y a la escritura. Pero el vai sólo servía para fines muy limitados, pues la adquisición de saber en las escuelas pasaba por el inglés. Era necesario recolocar el método experimental en un marco más etnográfico, pero también más histórico, ya que las consecuencias de la alfabetización no se manifiestan de la noche a la mañana. Contrariamente a lo que creen los psicólogos, la alfabetización no tiene efectos inmediatos. Es un lento proceso de iniciación, de

aprendizaje de la escritura, así como un descubrimiento de todo lo escrito que cambia nuestra visión del mundo.

—¿Y la visión del mundo cambia según sea la forma de escritura adoptada?

—China conserva una escritura logográfica que presenta algunas ventajas. Una de ellas es que no es fonética, del mismo modo que no lo son las cifras arábigas. Puesto que las cifras no son fonéticas, puedes escribirlas en cualquier lengua, siempre serán las mismas, sólo que un francés no las leerá como un inglés ni éste como un ruso o un japonés... Ciertamente es, el chino es una mezcla. Los sistemas puros son muy raros. Pero en contrapartida, un japonés, un coreano y un chino pueden emplear todos la misma escritura para establecer una comunicación visual o gráfica, algo que sería imposible con una escritura fonética. Los vai escribirán una palabra de cierta forma, sus vecinos de otra, y no podrán leerse mutuamente. Que diversos pueblos hablando lenguas diferentes puedan leer la misma escritura ha sido un factor de extrema importancia en la unificación del imperio. Y las consecuencias culturales y políticas son incalculables. Nunca se ha conocido nada similar en los imperios coloniales europeos, cuyas autoridades debían enseñar a los indígenas una escritura, pero también una lengua, el inglés o el francés.

La comparación entre Asia y África no deja de ser interesante. Dejando de lado América Central, las escrituras logográficas aparecieron en Europa y Asia tras la revolución urbana de la edad del bronce, en las sociedades urbanas que ya habían enjaezado la energía animal a la carreta, que habían inventado la rueda, etc. Si descontamos Egipto y parte de Etiopía, el África subsahariana jamás ha conocido una tal transformación ni nada que se parezca a una revolución urbana, a pesar de las ciudades-mercado y las «agrocidades» costeras. Jamás existió una diferenciación técnica y social parejas a las de Europa y Asia ni, que yo sepa, escrituras indígenas propias antes de estar en situación de competir.

Las primeras formas de escritura propiamente dichas han sido signos gráficos de naturaleza variable. Los dogon y algunas otras sociedades tenían unos pocos de ellos, pero nada que permita hablar de un sistema de escritura que transcribe íntegramente la palabra. Antes de verse bajo la influencia de escrituras venidas del extranjero, árabes o ingleses, jamás habían inventado nada semejante. Y entonces decidieron adoptar directamente una escritura silábica.

En cuanto a los indios tuvieron bien pronto una escritura logográfica, que por ciento aún no hemos logrado descifrar, en las civilizaciones asentadas en la cuenca del Indo (Harappâ, Mohenjo-Dâro). Parece que esta escritura desapareció algo así como un milenio antes de nuestra era. Y la escritura no volvería a aparecer hasta alrededor del siglo VI antes de nuestra era. Sus orígenes son controvertidos, pero el punto de vista dominante es que deriva de una escritura alfabética aramea venida del Oriente Próximo. Era una escritura alfabética y cada lengua diferente se escribía de modo distinto. Aún más, a partir de este punto empezaron a multiplicarse los tipos de escrituras, las diferencias de lengua se duplicaban en diferencias de escritura. La única cosa que podía reunir el conjunto del país era el sánscrito (una lengua muerta) y la propagación del hinduismo. De ahí la ausencia de unidad política que caracteriza la historia de la India, mientras que sin la menor duda la escritura logográfica ayudó a los chinos a asentar su imperio. Cuando querían integrar al mismo pueblos fronterizos, les enseñaban la escritura china, que tanto podían utilizar para escribir su propia lengua como para acceder a los textos de Confucio. El acceso general a los textos dedicados a los ritos matrimoniales se ha saldado con una extraordinaria similitud de ritos a través de una inmensa región, ya que todos, fuesen donde fuesen, tenían acceso a los mismos textos en escritura logográfica. Otro factor de unidad en que el aspecto lingüístico desempeña un papel esencial.

Si bien a muchos europeos les cuesta comprender el papel de la escritura en China, Lenin vio claro que el uso del alfabeto en Oriente significaría una auténtica revolución. En este momento histórico, el Partido Comunista chino se mostraba dividido respecto al interés intrínseco de la adopción de una escritura alfabética: a los promoscovitas se oponían los pequineses. De más fácil aprendizaje, el alfabeto democratizaría la lectura y la escritura. En comparación, la escritura logográfica era mucho más difícil de asimilar. A lo máximo que podía aspirarse al finalizar el período de escolarización era a haber aprendido unas 6.000 unidades logográficas diferentes. Se trata, en contrapartida, de una escritura que se aprende por adición, en la que no es necesario aprender todo un sistema como en el caso de la escritura alfabética, integrada por unidades abstractas, despojadas de sentido y arbitrarias. Basta haber aprendido algunos signos de chino o de coreano

para leer el cartel de una tienda, pero el aprendizaje de la totalidad del idioma escrito presenta una enorme dificultad. Por el contrario, en Europa no podríamos leer ni el más simple cartel en escritura alfabética a menos de haber asimilado la totalidad del código. Pero una vez aprendidos los 26 signos, ya todo es posible. En China son muchos los que saben un poco y muy pocos los que saben mucho. Existe pues una especie de pirámide de aprendizaje ligada a la naturaleza de la escritura y de sus problemas.

—¿Son todas las escrituras idénticamente manejables o «económicas»?

—Al principio de mis investigaciones estaba convencido de que la forma de escritura—alfabética o ideográfica—tenía una enorme importancia. Bajo la influencia de Eric Havelock y otros helenistas, insistí mucho en mi primer estudio acerca del papel desempeñado por el alfabeto en el «milagro» griego, pues estaba convencido, y Ian Watt conmigo, de que la escritura alfabética era un modo de comunicación mucho más simple y democrático que las escrituras logográficas de Mesopotamia, la antigua India o China. Sin embargo, posteriormente me di cuenta de que había subestimado las virtualidades de otras escrituras. He descubierto formas de razonamiento silogísticas bajo forma logográfica en otras culturas, especialmente en Mesopotamia. En cierta medida, toda reducción del lenguaje a la escritura crea posibilidades que yo creía, con Havelock, íntimamente ligadas al alfabeto. El uso de la escritura, sea cual sea, permite detectar más fácilmente la contradicción. Si bien las culturas orales tienen su racionalidad, su propia lógica, la escritura ofrece otros medios de racionalización y crea «formas formales» de lógica.

—¿Debe pues concluirse que la distinción entre sociedad fría y sociedad caliente, o entre mentalidad lógica y mentalidad prelógica, no se sostiene?

—Siguen siendo válidos ciertos elementos, pero una distinción tan tajante no es de recibo, como no lo es la compartimentación radical entre pensamiento concreto y pensamiento abstracto. Existen diferencias, pero son de grado. Podemos observar sociedades que pasan del uno al otro, y uno de los mecanismos de abstracción es sin duda la escritura, que abstrae las cosas de la situación particular, relacional, del discurso oral para descontextualizarlas. Lo mismo sucede con los sistemas de numeración. Para iniciarse en la matemática debe comenzarse por concentrar-

se en las cifras por sí mismas, sustraerlas a la riqueza de las interacciones personales o de las reacciones contextuales. Se trata de un proceso dialéctico.

En el noroeste de Ghana todo matrimonio da lugar a una transacción, bienes que pasan de la familia del marido a la de la esposa. Aparte del ganado, estaba prevista la transferencia de 30.000 cauris. El pago se hacía antes del matrimonio, antes de que la muchacha se trasladara a casa del varón. Un pariente del futuro esposo era el encargado de transportar el cargamento, que vaciaría sobre el tejado llano de la casa, donde debía procederse a contarlos. Pero los contaban hasta tres veces, ya que el padre, o la familia, de la desposada debía dar la impresión de que repudiaba la partida de su hija. La primera vez decía: «Has traído este dinero, pero no basta. Vete y vuelve». Lo hacían invariablemente, a pesar de que los 30.000 estuviesen allí uno tras otro. Sólo los aceptaban al contarlos por tercera vez, lo que por cierto era una tarea que llevaba su tiempo.

En cierta ocasión quise ayudarles a contar los cauris agrupándolos primero de uno en uno en montones de cinco, luego de diez. Los indígenas lo hacían mucho más rápido que yo, ya que comenzaban por tomar tres, luego dos, o sea cinco en total, y luego un grupo de cinco, con lo que llegaban a diez. Reían al verme proceder a mi modo, apoyándose en mi sistema de cálculo, 1, 2, 3... Adaptaban sus sistemas de cálculo a su forma de contar. Si se les pide a los lodagaa que cuenten de 1 a 10 responderán de inmediato: «¿contar qué?». El hecho de contar no se concibe en abstracto. Contar vacas no es necesariamente lo mismo que contar hombres o cauris. De hecho, incluso en Europa se han conocido distintos sistemas según los objetos a contar. Para comenzar, pues, no tenían numeración abstracta, sino una numeración concreta ligada a los objetos. Se podían sumar cosas, pero no multiplicarlas o dividir las. La multiplicación es una especie de atajo de sucesivas adiciones. Puedo multiplicar porque he interiorizado una tabla aritmética. En inglés se utiliza, al respecto, la expresión *oral arithmetic*, si bien el proceso no tiene en sí mismo nada de oral. Por el contrario, la multiplicación es una representación gráfica que ofrece un atajo operativo. Para contar los cauris yo hubiese ido más rápido que ellos, pues mientras los indígenas tenían que efectuar una serie de adiciones sucesivas, a mí me hubiese bastado con multiplicar. No es una cuestión de inteligencia

o de potencialidades, no se trata de una contraposición entre pensamiento salvaje y pensamiento avanzado. En mi opinión esta oposición está ligada a mecanismos que efectivamente tienen una incidencia, pero para comprenderlos hay que examinar qué diferencia un tipo de sociedad de otra en lugar de situarse en el plano de los sistemas de pensamiento. En este terreno, la distancia se nos aparece inmensa. Pero en la realidad no hay tal. Mi amigo lodagaa de Londres, K.M. Gandah, comparte buen número de las creencias de su aldea de origen, lo que no le impide haberse convertido en estadístico de la empresa cervecera Guinness. Esta pequeña experiencia me ha parecido en extremo reveladora para la historia de las matemáticas como disciplina. También me ha permitido comprender cómo, al ir a la escuela, los aldeanos se convierten en perfectamente capaces de operar a nivel internacional con técnicas que, en su mayor parte, aparecieron con la escritura.

Si tomamos el ejemplo de Mesopotamia, recientemente estudiado por historiadores berlineses, podremos seguir la evolución de los sistemas aritméticos en las tablillas. La gran mayoría de los cálculos no son de los que puedan hacerse mentalmente. O más exactamente, hace falta conocer la escritura. Pero nada me impide enseñar a un analfabeto a contar de esta manera. Como se ve, la interacción entre oralidad y escritura es una cuestión muy compleja en torno a la cual muy a menudo reina la más extrema confusión. La *oral arithmetic* (cálculo mental) no es producto de culturas orales, sino de una cultura escrita que ha modificado las formas de memorización. Del mismo modo, si recito un pasaje de Shakespeare sólo puedo decir que es una producción oral en un sentido bien delimitado. Dicho de otro modo, lo que hago oralmente en una cultura con escritura es muy diferente de cuanto pueda hacer oralmente en una cultura donde el registro de la oralidad me es el único accesible. La «tradición oral» de los campesinos de Figeac, en el Lot, donde vivo, no tiene nada que ver con la de las culturas orales africanas en cuyo seno he trabajado.

Tomemos otro ejemplo, el de las religiones de libro. La sola presencia del libro puede traer aparejadas enormes consecuencias en materia de iconoclastia. No sólo hay ambivalencia en cuanto al uso de imágenes o de representaciones figurativas, sino que el «libro» que respetan los fieles les prescribe de modo muy preciso no adorar a Dios de tal o cual forma. En el islam se persuade a la gente de que tome como referencia un libro—que sin

duda no todos están capacitados para leer—y que siga prescripciones (cortar las manos a los ladrones, por ejemplo) que sin duda eran mucho más comprensibles en el siglo VII que hoy en día. Pero ésa es precisamente una de las particularidades de las religiones de libro, de la *religious literacy*, que remiten a mitos o normas que ya no tienen la misma actualidad que cuando fueron fijados. La historia de las matemáticas, para referirse a una de las formas de conocimiento que me parece mantener un vínculo crucial con lo escrito, resulta incomprensible si no se la reubica en el más amplio contexto de la historia de la escritura. Y eso vale para otros muchos sistemas de conocimiento aparecidos en Mesopotamia y China.

Todo ello me lleva a ver con escepticismo las tesis de los antropólogos relativistas, tan felices saboreando las ventajas de los libros y negándose a los demás con el pretexto de que se las apañaban muy bien sin ellos. Sin duda alguna la gente puede prescindir del libro, pero todo cambia desde el instante mismo en que quieren comprender y aprender. No estoy muy seguro de que la ciencia del trabajador sea la misma que la del investigador. Hay diferencias fundamentales que cambian de pies a cabeza nuestro modo de vida y hay que tomarlas en consideración.

Me irritan un tanto los filósofos que, en la estela de Derrida, no hacen la menor discriminación entre la lectura de las estrellas y la de un libro, usando y abusando de una facilidad de lenguaje que es propia de las lenguas europeas. No se la encuentra en ninguna de las lenguas africanas que conozco, donde las gentes emplearían expresiones bien diferentes para una y otra actividad. A pesar de las analogías se trata de procesos muy diferentes y se está condenado a no comprender nada de la naturaleza de la comunicación escrita si no se distingue entre los archivos de una cultura escrita de los sistemas de «almacenamiento» de memoria en una sociedad puramente oral. Daría la razón a Lacan frente a Derrida desde el momento en que el psicoanálisis explica que leer los posos del café no es lo mismo que leer jeroglíficos. La afirmación de Derrida puede pasar en un sentido metafórico, «literario», pero le concede un valor de verdad del que carece en absoluto.

—En La lógica de la escritura aborda usted otro aspecto de «sus consecuencias», a saber, los efectos de la escritura sobre lo que Norbert Elias ha llamado «la civilización de las costumbres». Por ejemplo, ¿en qué aspectos la introducción de la escritura ha modifi-

cado las diferentes prohibiciones que analizó en sus trabajos sobre el incesto?

—Han existido influencias, pero no muy abundantes. De hecho, este dominio se ha mostrado muy impermeable por un par de razones, porque concierne a la familia y porque en el seno de ésta las relaciones orales tienen mayor importancia que las escritas. Pero ciertos aspectos, no del sistema de parentesco en sentido estricto, sino de la familia y del matrimonio, tienen una directa relación con la escritura. Pienso de manera especial en la propagación de las reglas islámicas sobre el matrimonio en África occidental. No creo que en una cultura puramente oral se hubiese podido concebir similar propagación de un sistema formal vinculado a un sistema religioso. Se hubieran reajustado las normas para adaptarlas a la vida local. Por ejemplo, en Zambia se podían encontrar sistemas jurídicos de gran complejidad, pero en una sociedad africana tradicional si una noción cae en desuso se la abandona a no tardar.

La escritura introduce un elemento de autonomía estructural. Pienso en lo que dijo Halbwachs a propósito de la memoria o en el «esfuerzo de racionalización» postulado por Bartlett, un esfuerzo encaminado a poner unas cosas en armonía con las otras. En mi opinión, es el trabajo de la memoria el que hace parecer a las culturas orales muchas más homogéneas que las culturas diferenciadas en las que nosotros vivimos. Al tratar con diferentes parámetros, el espíritu tiende a adaptar tal aspecto del comportamiento a tal otro. Pero desde el momento mismo en que las cosas se ponen por escrito—«no esculpirás imágenes», «no desposarás la hija del hermano de tu padre»—creo que las prohibiciones tienen una mayor probabilidad de persistir y expandirse, por ejemplo en un contexto de conversión religiosa, de la que tendrían en el marco de una cultura oral, donde siempre se producirá una adaptación de las normas aun cuando procedan del exterior.

Tal es uno de los efectos de la escritura. El otro aspecto es puramente formal y hace referencia a la redacción de los contratos de matrimonio. En una cultura oral los comportamientos tienden a conformarse a una norma particular. Para casarse, por ejemplo, habrá que entregar 30.000 cauris, dos vacas y un carnero. Por el contrario, en una cultura escrita la diferenciación es mucho más grande y asume especial importancia en los sistemas de dote, que no es una suma estándar sino una porción (variable) de bienes fa-

miliares que revierten en la hija. Las «escrituras», tal como se llama en Irlanda al contrato matrimonial, constituyen un formulario que estipula qué bienes aporta la mujer y cuáles el marido. Y lo precisa de un modo a la vez más diversificado y de más sólidas consecuencias, especificando por ejemplo qué debe ser restituido en caso de disolución del matrimonio. Por el contrario, en una cultura puramente oral es difícil hacer algo similar. Ciertamente no es imposible imaginar otro tipo de arreglos, pero la tendencia dominante es subordinar la unión al pago de una suma prefijada.

Por razones parejas la escritura se nos muestra de primordial importancia en materia de testamentos. Si el sistema quiere que todos mis bienes vayan a parar a mis hijos, no hay problema. Pero si lego mi fortuna a la iglesia o a parientes más lejanos, la escritura viene a legalizar una tal decisión. Todos los testamentos anglosajones prevenían antiguamente un legado para la Iglesia. Tal era la costumbre. Si los bienes quedaban en familia, no hacía falta redactar testamento. Pero si los bienes salían de la familia, era preciso legitimarlo. Había incluso un término para referirse a los bienes cedidos de este modo, *copyhold*. He aquí otro terreno en el que la escritura cambió un poco las cosas.

Esta influencia se manifiesta igualmente a nivel de las relaciones familiares. Esto no puede estar más claro que en lo que respecta a la educación de los niños, cuando aparecieron manuales sobre cuál es el mejor modo de conducta de los padres para con su prole. El fenómeno quedó inicialmente restringido a la burguesía, pero con el advenimiento de la imprenta y la publicación de manuales de todo tipo de temas acabaría por propagarse a toda la sociedad. Y dado que la escritura y las instituciones escolares están indisolublemente vinculadas, la escritura siempre ha dado origen a instituciones al margen de la familia que se ocupan de los jóvenes. Ha terminado pues por modificar la estructura de la vida de familia, su organización, y la de la producción. La escolarización ha tenido que superar una férrea resistencia en las comunidades en que los niños tenían asignada una plaza muy concreta en el modo de producción doméstico.

—*Para seguir en el «terreno doméstico», ¿cómo ha trastocado las nociones de tiempo la introducción de la escritura?*

—Entre los lodagaa aún es muy pronto para hablar de un cambio general. Pero así es como suceden las cosas: el sistema escolar, fundamentado en la escritura, introduce en las construc-

ciones en torno al tiempo un elemento de linealidad que, en mi opinión, no existía antes. Ahora la gente cuenta en meses y años, siendo aquéllos una pura división artificial de éste, no como sucedía con las antiguas lunas. Las lunas en cuestión circulaban independientemente del sol, de manera que no existía una división del año en lunas. Cada uno de los dos ciclos seguía su propia revolución. La concepción de la semana de los lodagaa se basaba en el ciclo de mercados de las principales poblaciones de la región: hoy será el mercado de Saint-Sulpice, por ejemplo, mañana el de Montparnasse, pasado mañana el de Saint-Germain, y así sucesivamente. Entre los lodagaa la semana tenía cinco días. Pero justo al lado estaba en uso una semana de seis días, es decir, un ciclo de mercados repartido en seis días. Yo estaba asombrado por cómo las mujeres de la región que frecuentaban todos esos mercados para aprovisionarse de grano y otras mercancías conseguían dissociar ambos ciclos en su cabeza. Sabían muy bien qué días pertenecían a tal ciclo y qué días a tal otro.

Hay otro aspecto del cálculo del tiempo que me impresionó. La gente me preguntaba sin cesar cuánto tiempo faltaba para que llegase la estación de las lluvias. Querían prever el período de trabajos agrícolas, y aunque podían hacerlo basándose en algunos índices naturales como la aparición de ciertos insectos, les hubiera gustado hacer predicciones de más largo alcance temporal y sabían que el calendario europeo y su equivalente entre los musulmanes tenía un valor predictivo de este tipo. Por lo demás, no paraban de preguntarme qué hora era y mi reloj era objeto de permanente fascinación. Su punto de referencia era la posición del sol, pero el sistema resultaba un tanto laxo y vago. Podías fijar una cita con cualquiera en base a la posición del sol, pero siempre corrías el riesgo de tener que esperarle una o dos horas; quizá por eso se sintieran tan interesados por los precisos poderes predictivos del reloj. Los lodagaa tenían una noción del año, pero ni la menor idea de época; dicho de otro modo, los años se desgranaban uno tras otro, nada más. Si le preguntabas a alguien qué edad tenía, se obtenían cifras astronómicas, dignas de Matusalén. Me acuerdo de la primera vez que me preguntaron la edad. Yo no había comprendido todavía su perspectiva y les dije la verdad. De repente, pasaron a mirarme como si fuese un chiquillo. Partí de la aldea por un tiempo y me dejé crecer la barba. A mi regreso, había doblado, o tal vez triplicado mi edad, para poder así

ascender al mismo rango que los viejos de la aldea. Ése era el modo en que funcionaban las nociones de tiempo. Y no creo que la escritura las haya cambiado sustancialmente, que hayan pasado de un tiempo cíclico a un tiempo lineal. Sí parece que se han privilegiado las concepciones lineales, pero la verdad es que ya existían en algunos aspectos entre los lodagaa, por ejemplo en cuanto se refiere al desarrollo de la vida humana. Nótese que también entre nosotros existen ciclos semanales, mensuales, anuales, de modo que para ciertos fines también recurrimos a nociones cíclicas del tiempo.

—*Al publicarse su Recitación del bagre pudo observar los efectos de la difusión del escrito sobre ciertas prácticas tradicionales. ¿Cuáles son los signos de cambio más flagrantes?*

—Los progresos de la alfabetización comienzan a manifestarse en las costumbres más funcionales. En las ceremonias la gente se habituó a tomar en cuenta qué presentes aportaban los distintos participantes, del mismo modo que nosotros hacemos una lista de los regalos de boda o de las felicitaciones de Navidad recibidas. En ambos casos los resultados son de idéntico orden. Me explico. Si estoy en una cultura oral, considero los presentes que me trae una determinada persona en función de su papel social. Este hombre es mi tío materno, en consecuencia debe traer una canasta de grano. Si por una u otra razón cae enfermo y no trae el grano, o si tiene un accidente en el camino y se le desparrama de manera que sólo le queda la mitad, hay muchas posibilidades de que me haya olvidado del incidente en los siguientes funerales a celebrar en su casa. En tanto que hijo de su hermana, me ajustaré a mi papel y llevaré los presentes de rigor. Pero cuando entra en juego la escritura, las cosas cambian. Dejaré por escrito que el tío Jorge no llevó nada porque estaba enfermo o que sólo me trajo media canasta de grano, y lo tendré en cuenta para la próxima ocasión: «Muy bien, me trajo media canasta, pues media canasta es lo que yo le llevaré». En pocas palabras, la noción de reciprocidad y de intercambio ya no tiene el mismo sentido. La contabilidad se hace mucho más precisa ya que, en lugar de atenerse a un sistema normativo, se pasa a consultar una lista escrita. De ahí que surja un sistema de transmisión de bienes más particularizado que permite hacer economías. Ése ha sido uno de los primeros efectos de la escolarización.

Pero la escritura no tardó mucho en usarse para levantar ac-

tas de las reuniones. Se creó así en la aldea una sociedad de hombres, reservada a quienes habían ido a la escuela, encargada de velar por el desarrollo de la colectividad. Su objetivo era convencer a los lugareños de que sólo ellos tenían un conocimiento exacto de los intereses de su comunidad, ya que sabían leer, conocían a la gente y tenían una idea clara del modo de hacer progresar la aldea. Esta sociedad tomó la costumbre de reunirse anualmente aprovechando las vacaciones navideñas. Se reunían, establecían un orden del día, elegían un presidente, un secretario, todo muy formal. Se habían amoldado a las reglas y muy pronto todas las reuniones, incluidas las del consejo local, pasaron a organizarse de este modo. Al año siguiente, cuando se reencontraban, consultaban las actas y decían: «Bien, se había decidido hacer esto y nadie lo ha hecho todavía». La escritura permitió, pues, establecer balances más precisos. Ésas eran las dos nuevas costumbres indígenas más sobresalientes en la villa en que viví. Lo que hizo que, de golpe, sólo quedaran habilitados para participar en las deliberaciones los que sabían leer y escribir, mientras que el resto pasó a quedar excluido de las mismas.